

EL *NÓSTOS* DE MENELAO Y EGIPTO

Luis García Iglesias
Universidad Autónoma de Madrid

Los griegos, como es bien sabido, tuvieron muchas dificultades para recomponer su historia prearcaica y apenas conservaban memoria de su más remoto pasado, si no era bajo la forma de mitos. De éstos, el más importante fue, sin duda, el referido a la guerra de Troya, un acontecimiento, tan griego como oriental, que de una u otra manera ocurrió realmente y que, magnificado, embellecido y legendarizado, llegó a la Hélade posterior convertido en un referente y un paradigma. Ante todo, gracias al episodio troyano, el pueblo helénico contó con una apoyatura hasta cierto punto firme para su tiempo primitivo, que adquiriría ya cuerpo suficiente mediante el procedimiento de contar generaciones previas y subsiguientes al conflicto, siglos antes de poder hacerlo sobre la base de concretas efemérides de la historia de sus *póleis*, cosa que no ocurre hasta la época arcaica, y mucho antes todavía de que la Era Olímpica resultara operativa para el cómputo temporal del pasado, lo que por otra parte no se consiguió sino muy avanzada ya la época clásica y con aplicación para no antes de 776 a. C., año que se tuvo como el de los primeros juegos institucionalizados en Olimpia. En segundo lugar, la Grecia arcaica y clásica se vio reflejada siempre en aquella primordial aventura, que, contra un enemigo común, asiático, reunió en la Tróade tal número y calidad de antecesores combatientes y dio lugar a hechos de armas tan heroicos. Troya suponía para los griegos, a más de un hito cronológico, una cantera de ejemplos personales y anecdóticos antiquísimos, e incluso, sin duda más tarde, todo un espíritu y toda una moralidad. Se comprende, dada su importancia, que la leyenda troyana desarrollara una atracción fortísima y ello en un doble plano: dando pie al surgimiento y la articulación de una maraña mítica más o menos secundaria y subviniendo a la posterior literatura con su inagotable caudal temático e, inevitablemente, también ideológico. La producción literaria hizo luego lo que quiso y pudo, según el imperativo de las circunstancias cambiantes y conforme a la práctica y derecho de la libre creación, no sólo con los mitos derivados, sino también con el principal. Al margen de ello, las leyendas anejas o adheridas desde antiguo a la troyana tendrían la porción que fuera, cada una la suya y es de suponer que no demasiada, pero alguna sí, de verdad histórica.

De entre los mitos constituidos a la estela de la guerra de Troya destacan aquéllos que se refieren a los azarosos retornos a sus respectivas patrias por parte de los caudillos griegos vencedores y que reciben la denominación genérica de *nóstoi*. De entre todos ellos sobresale el de Odiseo, pues dio lugar al segundo de los grandes poemas homéricos. No fue éste, empero, el único que contribuyó a nutrir la epopeya griega, ya que, aunque casi totalmente perdidos, existieron otros poemas similares e incluso todo un ciclo épico dedicado al regreso a casa de diversos príncipes, que hubo de abocar al menos en un poema de cierta envergadura, cuya memoria llegó hasta el mitógrafo Apolodoro. De algunos de estos *nóstoi* menos afortunados se conservan rastros literarios por lo general posteriores, unas veces en cierta medida ateniéndose a lo que pudo ser su presentación originaria y, en otras ocasiones, reelaborados o manipulados por los autores que los recogen. Sabemos, por citar una pluralidad de casos destacados, de las dificultades de diversa índole que a la vuelta de Troya tuvieron Agamenón, Menelao, Ayante el de Oileo, Teucro, Neoptólemo, Anfíloco¹, Menesteo y los compañeros de Tlepólemo, que se añaden

¹ Homero lo desconoce. Su presencia en Troya pertenece al ciclo de los *nóstoi*.

a las desgracias habidas en el propio campamento aqueo ante Troya, no muertes en combate o a manos de enemigos², sino a las de los mismos griegos, como la de Palamedes, o por suicidio, cual la de Ayante Telamonio. Tres son los retornos fáciles de que guarda recuerdo la tradición: los de Néstor, Diomedes e Idomeneo, y aun los dos últimos héroes tampoco se libraron totalmente de sobresaltos. Es curioso que fueran el más anciano y el más joven de los aqueos quienes tuvieron un regreso más plácido a su tierra desde Troya: el citado Néstor, viejo monarca de Pilo, que volvió a tomar las riendas de su principado, y el hijo de Ayante Telamonio, el todavía niño Eurísaces, quien, muerto su padre y relativamente desatendido por su tío Teucro, el encargado de la custodia del pequeño, llegó sin problemas a la corte de su abuelo Telamón, en Salamina, y allí fue reconocido como heredero del trono.

Constituyen los *nóstoi* uno de los capítulos más importantes de los tangenciales al mito troyano. La misma *Odisea*, tan rica en referencias³, alude a varios retornos distintos al del personaje protagonista. Entre ellos se cuenta, precisamente, el que pretenden considerar estas breves páginas: el arriba citado de Menelao, caudillo al que la tradición, incluso en sus más primitivos estadios, hace pasar por tierras egipcias. ¿Refleja la existencia de antiquísimas expediciones mercantiles? ¿Habrá que hablar quizá más en concreto de esa variante que es la diplomacia del regalo o intercambio de bienes de prestigio, sin afán de lucro? ¿Responde tan sólo al recuerdo de viejas prácticas de piratería? Estas tres realidades, quizá no siempre distinguibles, existieron en el mundo mediterráneo de la Edad del Bronce tardía y en los siglos llamados oscuros que la subsiguieron. Los dos primeros aspectos los tenemos suficientemente documentados. El tercero, el de la guerra marítima de agresión en búsqueda de botín o el golpe de mano costero en función de la rapiña, es un tópico de las viejas narrativas helénicas y es también fenómeno indiscutiblemente histórico en el mediterráneo oriental, a veces inseparable de los hechos militares que derivan de circunstancias especialmente confusas en tiempos de desarraigo de pueblos y de poderes débiles. Es muy difícil, por no decir imposible, distinguir entre la piratería y las acciones guerreras de los llamados Pueblos del Mar, por aducir un ejemplo significativo.

La tradición mítica⁴ pretende que, tras la toma de Troya, los dos hermanos Atridas estuvieron en desacuerdo sobre cuándo emprender el viaje al Peloponeso y, en consecuencia de ello, las naves de uno y otro se hicieron a la mar en distintos momentos. Agamenón, dispuesto a no zarpar hasta haber ofrecido sacrificios a la diosa Atehea, demoró el regreso durante cierto tiempo, mientras Menelao, partidario de una salida inmediata, elevó anclas en seguida acompañado de Helena, su recuperada esposa. Atravesó la flotilla el Egeo en diagonal prácticamente recta, a través de Tenedos y Lesbos, hasta las costas de Eubea y luego de la cercana Grecia continental. Con Menelao habían zarpado Néstor y Diomedes, mas el príncipe espartano se separó de ambos en el cabo Sunión a causa de las honras fúnebres que quiso dedicar a su piloto Frontis, muerto a la vista del extremo oriental del Ática. El Neleida y el Tidida, con los suyos, continuaron sin especiales dificultades su travesía, mientras que para el Atrida y su mujer dieron comienzo los inconvenientes que retrasaron su llegada a Esparta. Una primera tempestad, que les sobrevino en las proximidades del cabo Malea y provocó la pérdida de varias de sus naves,

² Así cayeron Patroclo, Aquiles, Anfímaco, y Tlepólemo, entre otros.

³ Se ha escrito que el segundo de los poemas homéricos “is a summary of the Trojan age”: J.H. FINLEY JR., *Homer's Odyssey*, Cambridge Mass.-Londres, 1978, p. 60. Quizá el autor citado se haya quedado un poco corto. ¿No se podría decir, además, que es también un resumen de la edad homérica?

⁴ Los datos fundamentales sobre el *nóstos* de Menelao, en H.W. STOLL, “Menelaos”, en W.H. ROSCHER (dir.), *Lexikon der Griechischen und Römischen Mythologie*, II/2, reimpr. Hildesheim, 1965, col. 2788-2791.

les arrastró hasta Creta; el mar le llevó luego a tierras de Egipto a los cinco barcos supervivientes (*Od III*, 299-300).

En los años de su permanencia en el país del Nilo, amasó Menelao una gran fortuna, pero tuvo problemas cuando decidió zarpar hacia Lacedemonia. Una calma chicha le detuvo en la isla de Faro durante veinte días, y no pudo reemprender camino sino gracias a la ayuda espontánea de la diosa Idótea y la forzada de Proteo, padre de la anterior. Tras haberse adentrado de nuevo en Egipto y haber sacrificado a los dioses, por consejo del dios marino, pudieron Menelao y los suyos volver a casa, con todas sus riquezas, pasados ocho años de la victoria sobre Troya (*Od IV*, 82). A esta tradición, a la que hay que suponer la condición de primitiva, se atiende la *Odisea* en el canto cuarto. Es la que la propia pareja real lacedemonia resume para Telémaco y el príncipe pilio que le acompaña en la visita al palacio de Esparta, Pisítrato Nestórida.

Este mito tiene sus variantes, algunas de ellas más que notables⁵; hace no mucho consagraba Norman Austin un estudio específico y muy minucioso a la cuestión⁶. Quizá la más digna de destacar sea la que pretende que Helena, tras su rapto, nunca llegó a Troya, sino que fue retenida y preservada en Egipto por Proteo, siendo tan sólo un *éidolon*, un fantasma hecho de nubes, lo que París condujo al palacio de Príamo y por lo que, sin saberlo, combatieron griegos y troyanos durante los diez años de la guerra. Según esta versión, fue en el azaroso *nóstos* que le llevó hasta Egipto, cuando Menelao encontró y recuperó a su verdadera esposa, al tiempo que la aparente se le desvanecía ante los ojos. El más antiguo testimonio conocido de esta versión lo aporta Estesícoro, poeta lírico del salto del siglo VII al VI a. C.⁷, punto de partida de ulteriores desarrollos literarios del mito así construido⁸, el más importante de los cuales es sin duda el de la *Helena* de Eurípides, que engrana elementos de las versiones de Homero, de Estesícoro y de Heródoto⁹. Indudablemente, la presentación estesicorea es más reciente que la odiseica, y no sólo por la superior antigüedad del épos homérico, sino sobre todo por el afán moralizador, típicamente arcaico –es decir, secundario, palinódico, moderno, posthomérico–, que denota la exculpación de Helena de toda falta de infidelidad y el hecho de sugerir que Menelao la recupera tan intacta e irreprochable como la última vez que la viera en su palacio lacedemonio, más de diez años atrás¹⁰.

Establecida la precedencia cronológica de la versión odiseica de los avatares de Menelao sobre la de Estesícoro, adquiere a nuestros ojos el relato homérico la importancia

⁵ Panorama sintético y completo en R. ENGELMANN, “Helena”, en ROSCHER (dir.), *Lexikon*, II/2, col. 1965 ss.

⁶ N. AUSTIN, *Helen of Troy and her shameless Phantom*, Ithaca-Londres, 1994.

⁷ Estesícoro, fr. 192 Page. Sobre las tres versiones del mito de Helena que recoge este poeta, cfr. B. GENTILI, *Poesia e pubblico nella Grecia antica*, Bari, 1984, p. 166 ss.

⁸ Heródoto conoce la palinodia de Estesícoro. Aunque pretende manejar versiones tan antiguas como las de Homero, según él transmitidas en Egipto de generación en generación, su información es tardía y secundaria, de ninguna manera prearcaica. Véase observación de J.A.S. EVANS, *Herodotus, explorer of the Past*, Princeton, 1991, p. 137-138, y tratamiento de V. HUNTER, *Past and Process in Herodotus and Thucydides*, Princeton, 1982, p. 52 ss. No hemos de perder de vista tampoco el juego sofístico de Gorgias – *Elogio de Helena* – sobre este mito, sobre el que, últimamente, con referencias válidas, aunque en tratamiento marginal, P. LUCCIONI, “Un éloge d'Hélène? (Théocrite, Id. XVIII, v. 29-31), Gorgias et Stésichore”, *Revue des Études Grecques*, 110, 1997, p. 622 ss.

⁹ Observaciones de interés sobre Egipto y el mito de Menelao y Helena en la pieza eurípidea, en A. BERNARD, *La carte du tragique. La géographie dans la tragédie grecque*, París, 1985, p. 285-289.

¹⁰ Safo, *Oda 16* Lobel-Page, con despreocupación de afán moralizador y dependencia de otros intereses, se atiende todavía a la versión primitiva. A AUSTIN, *Helen of Troy*, cap. 2: “Sappho's Helen and the problem of the text” (p. 51 ss), se añade ahora I.L. PFEIJFFER, “Shifting Helen: an interpretation of Sappho, fragment 16 (Voigt)”, *Classical Quarterly*, 50, 2000, p. 1-6.

que le confiere el hecho de su indiscutible antigüedad: el *nóstos* del caudillo espartano no ha de ser posterior a la mediana del siglo VII a. C. y aun puede remontarse en centurias con respecto a esta fecha. Téngase en cuenta que, sea cual sea el momento que atribuyamos al último estadio de conformación de la *Odisea*, tal vez primera mitad ya del siglo VII, la mayor parte de los elementos épicos integrados en el poema han de arrastrar un largo proceso de transmisión y pueden remontarse mucho en el tiempo. Pero todavía cabe decir más; y es inevitable, llegados a este punto, una pequeña incursión en el mar proceloso de la investigación homerista, al menos en lo que afecta a nuestro particular objeto.

Las referencias a Egipto en Homero, que no se limitan al episodio del regreso de Menelao, presentan un gran desequilibrio: una sola en la *Iliada*, a saber, el pasaje en el que se pondera las riquezas y el trasiego de mercancías de la Tebas del alto Nilo (*Il.* IX, 382-384), difícilmente interpretable, y varios otros en la *Odisea*. Las menciones a Egipto de la *Odisea* se las reparten los dos autores, muy distintos en modos de hacer y genio, que la crítica moderna –con Schadewaldt a la cabeza– tiende a diferenciar en el poema, sin perjuicio de la ulterior complicación compositiva que el poema evidencia¹¹. La detección de dos autores, así como el hecho de que se les denomine A y B y el de que a esta segunda mano le corresponda evidentemente cronología posterior, no supone que cuanto atañe a Menelao en Egipto sea de fecha absolutamente tardía, dado que pertenece sin duda a un poema previo bastante antiguo –se le suele denominar *Telemaquia*¹²–, que B integra con los materiales de A y los de su propia cosecha. Adelanto ya, si esa doble autoría en el segundo de los poemas homéricos fuera cierta, que las menciones de piratería en tierras egipcias pertenecerían al texto de A y que el relato de Menelao en Egipto corresponderían al de B¹³.

Del viaje y estancia de Menelao en el país del Nilo, según lo tenemos en Homero, serían de destacar estos aspectos: a) Menelao y los suyos vienen de una guerra, llegan a Egipto náufragos y arrastran penalidades varias. b) No son comerciantes, no llevan mercaderías destinadas al intercambio y no se sugiere que hayan salvado una parte sustanciosa del botín que pudieron traer de Troya. c) Sin embargo, se hacen ricos; en *Od* III, 301-302 leemos que consiguieron –el participio *ageíron*– entre aquellas gentes extrañas gran cantidad de alimentos y oro. d) También parece decírsenos que consiguieron parte de las riquezas en Chipre, Fenicia, Etiopía, Arabia y Libia (*Od* IV, 83-85), cuando

¹¹ Se ha llegado a la afirmación de que la estructura de la *Odisea* alcanza superiores grados de complejidad que la de la *Iliada*. Es, por ejemplo, tesis del clásico W.J. WOODHOUSE, *The Composition of Homer Odyssey*, Oxford, 1969 [1930]. Pero es preciso distinguir lo que es la composición de lo que son las fuentes o elementos básicos. La teoría de los dos autores principales ha tenido un destacado valedor en W. SCHADEWALDT, “La *Odisea*, como poesía”, *Estudios de literatura griega*, Madrid, 1971, p. 9-52, a quien sigo en lo fundamental. Véase también H.-J. METTE, “Das Tagebuch der Odyssee”, *Lustrum*, 19, 1976, p. 40-56.

¹² Consistiría a un tiempo en la búsqueda, primero infructuosa, por Telémaco de las huellas y paradero de su padre y de una educación eficaz del joven príncipe de cara al destino que le aguarda, con el final sangriento y feliz de todos conocido. Cfr. S. MURNAGHAN, *Disguise and Recognition in the ‘Odyssey’*, Princeton, 1987, p. 116 ss. Destaca el primero de los aspectos K. CROTTY, *The Poetics of Supplication. Homer’s ‘Iliad’ and ‘Odyssey’*, Ithaca-Londres, 1994, p. 114-120.

¹³ Se ha señalado el paralelismo existente entre el relato de Menelao y el del encuentro de Odiseo con Tiresias en el canto XI del poema, hasta el punto de que da la impresión de existir interdependencia; cfr. J. PERADOTTO, *Man in the middle Voice. Name and Narration in the Odyssey*, Princeton, 1990, p. 35-40. La dificultad estriba en la imposibilidad de establecer, de ser eso cierto, cuál de ambos pasajes depende del otro, como ya se preguntara tiempo atrás K. REINHARDT, “The adventures in the Odyssey”, en S.L. SCHEIN (ed.), *Reading the Odyssey*, Princeton, 1996, p. 108. El original de este trabajo recibió forma a finales de los años cuarenta.

nada indica que hubieran asumido una actividad mercantil propiamente dicha. e) Menelao estuvo en la Tebas egipcia, en la casa del rico Pólipo¹⁴, quien le obsequió con dos bañeras de plata, dos trípodes y diez talentos de oro, al tiempo que su mujer Alcandra regalaba a Helena una rueca de oro y un costurero de plata ribeteado en oro y provisto de ruedas (*Od IV*, 126-132). f) De una experta en fármacos, Polidamna, consiguió Helena algunas drogas y la habilidad en su empleo (*Od IV*, 227 ss). El poema pondera la sabiduría médica de los egipcios. g) El retraso de Menelao en Egipto, concretamente en Faro –isla que se dice situada a un día de navegación de la costa africana, dislate geográfico– se produjo por voluntad de los dioses, a falta de las hecatombes perfectas que esperaban (*Od IV*, 351-352 y 472-473); y son dos divinidades, Idótea y Proteo, quienes facilitan el regreso de los lacedemonios a su patria (*Od IV*, 382 ss), aunque previamente los viajeros han debido recalar en el Egipto continental para cumplir allí el deber de hacer los requeridos sacrificios (*Od IV*, 477 ss y 581 ss).

Interesa ahora que nos aproximemos al problema de la significación histórica del episodio odiseico de Menelao en Egipto, de indudable valor testimonial, aunque su alcance y significación se nos escape en gran medida y pertenezca a lo que se ha considerado como el componente menos variado y dramático, menos atractivo en suma, de la *Odisea*, a saber, la búsqueda de Telémaco¹⁵. Pero he aquí que nos encontramos hoy en más que mala disposición para afrontar el reto e intentar abrir camino al problema, siquiera sea hacia la hipótesis no gratuita y verosímil, más por motivos de carácter general que particulares. La investigación de ahora mismo referente a lo que aquí tratamos no parece muy interesada por plantearse o replantearse lo que mitos como el que nos entretiene representan. Hoy día, el estudio de las relaciones en el Mediterráneo oriental de la tarda Edad del Bronce y el periodo del Hierro se mueve por el más descarnado arqueologismo o por inconcreciones que empiezan a parecer excesivas. Para la cuestión de los contactos micénicos con el exterior y en particular con Egipto, los afanes revisionistas están conduciendo a meros cuadros de fundamentación exclusivamente arqueológica y escasamente interpretativos, o, por la otra vía, no incompatible con la anterior, a visiones minimalistas y descomprometidas, incapaces de ir más allá de la apreciación de intermediaciones no siempre explicadas, influencias caídas de no se sabe dónde o no se sabe cómo, *koinaí*, desarrollos paralelos, interconexiones y estilo internacional, sin más concreción. Y contando, como contamos, con tan nutrido conjunto de testimonios, vemos cómo incluso el comercio exterior micénico, también por supuesto las relaciones mercantiles con Egipto, se nos volatiliza de la mano de la novísima hipercrítica. Muy buenos especialistas incurren a veces en excesos de cautela que no se distancian gran cosa de un hipercriticismo reduccionista. Nada digamos de cuánta esclavitud a los datos arqueológicos –en un momento de recesión, por otra parte, de lo antropológico– imponen los principios de corrección metodológica hoy en boga para el periodo que denominamos Edad Oscura. Es tan precupante esta actitud de renuncia a la historia en proceso de generalizarse, que reconforta encontrar algunos valladares resistentes a la tendencia y capaces de combatirla con sus propias armas y otras que los contrarios no tienen. En fin, que el aprecio del mito como fuente histórica no pasa hoy por sus mejores momentos. Preciso es, de todas formas,

¹⁴ El nombre es helénico, no egipcio; cfr. H. van KAMPTZ, *Homerische Personennamen. Sprachwissenschaftliche und historische Klassifikation*, Gotinga, 1982, p. 90, 110 y 217.

¹⁵ WOODHOUSE, *The Composition*, p. 209. No cabe negar, de todas maneras, que el relato tiene episodios acertados. De “charming”, por ejemplo, queda calificado no sin motivos por J. GRIFFIN, *Homer on Life and Death*, Oxford, 1980, p. 67, el encuentro de Telémaco, Pisítrato Nestórida, Menelao y Helena del canto IV, en el que se inserta el *nóstos* del príncipe espartano en tierras egipcias.

afrontar la tarea y ver qué se ha dicho y qué cabe decir al respecto del trasfondo histórico del particular mítico al que prestamos atención.

En publicaciones recentísimas podemos encontrar alusiones a este mito en su versión homérica en relación con el comercio micénico, así Cline¹⁶, y en relación con comercio y piratería de época arcaica, afirmación ésta de Gómez Espelosín¹⁷. Uno y otro de los citados autores se van por los extremos. Realmente, ¿qué realidades históricas se mueven detrás de este retazo mítico? ¿Qué es lo que refleja? ¿Al servicio de qué reconstrucción de hechos, aunque sean menudos, podemos poner el paso egipcio del príncipe de Esparta en su versión homérica? La respuesta no es fácil. Acierta Baurain absolutamente cuando, al aludir precisamente a las referencias egipcias de la *Odisea*, siempre a través del *nóstos* de Menelao, dice que “autorizan lecturas ‘históricas’ demasiado diversas para que sea lícito sacar de ellas una información de orden cronológico aprovechable”¹⁸ y no toma postura. De la datación del surgimiento y conformación del mito depende el contexto histórico; y, al revés, del contexto histórico, si cupiera vislumbrarlo, dependería la datación.

Tres son, simplificando, las posibilidades que caben: que este tipo de leyendas sea hijuela y reflejo del periodo micénico o que lo sean del postmicenismo; y dentro del periodo postmicénico, tanto cabría atribuirles contexto temprano o tardío, desde el comienzo de la llamada época oscura hasta la Época Arcaica. Concretando más sobre nuestro mito, cabe que éste refleje las relaciones normales que hubieron de existir entre los griegos micénicos y los egipcios de la XIX dinastía en las postrimerías del siglo XIII a. C., estudiadas hace muchos años por Vercoutter¹⁹ y en nuestros días por Eric Cline muy particularmente, pero también por otros autores²⁰; es lo que pretende el propio Cline. O quizá responde a las circunstancias de inseguridad marítima que conoció el Mediterráneo oriental entre el final de dicha centuria y la primera parte de la siguiente, todo el contexto de las actividades guerreras de los llamados Pueblos del Mar. O puede que dependa de la reapertura de contactos que, casi todavía en el postmicenismo, tiene por protagonista a algunas comunidades griegas especialmente inquietas, la de la euboica Lefkandi en particular, y aun no se descarta que lo haga de aproximaciones posteriores greco-egipcias, de la tarda edad oscura helénica o del primer arcaísmo. Y esto es lo que hay que plantearse.

De entrada, podemos acotar ya por el comienzo y por el final. Por el comienzo, el momento *ante quod non* ha de constuirlo necesariamente el de la propia guerra de Troya, que admite cronología de la segunda mitad del siglo XIII; un colgajo legendario de este acontecimiento ha de ser necesariamente de acuñamiento posterior. Y adelanto que esta

¹⁶ E.H. CLINE, “My brother, my son: Rulership and trade between the LBA Aegean, Egypt and the Near East”, en P. REHAK (ed.), *The Role of the Ruler in the Prehistoric Aegean*, Lieja-Austin, 1995, p. 147-148. No sin precedentes, por supuesto; véase, por ejemplo, L.A. STELLA, *Tradizione micenea e poesia dell'Iliade*, Roma, 1978, p. 174.

¹⁷ F.J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid, 2000, p. 80-81.

¹⁸ C. BAURIN, *Les Grecs et la Méditerranée orientale. Des siècles obscurs à la fin de l'époque archaïque*, París, 1997, p. 302.

¹⁹ J. VERCOUTTER, *L'Égypte et le monde égéen préhellénique*, El Cairo, 1956.

²⁰ E. CLINE, “Contact and trade or colonization? Egypt and the Aegean in the 14th-13 th Centuries B.C.”, *Minos*, 25-26, 1990-1991, p. 7-36, y “My brother, my son”, p. 143-150. Véanse asimismo C. SEVILLA CUEVA, “Las relaciones egeo-egipcias durante el Bronce medio y el Bronce Tardío (c. 2000-1190 a. C.)”, *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Antigua*, IV, 1991, p. 11-35; J. LECLANT, “L'Égypte et l'Égée au second millénaire”, en E. DE MIRO - L. GODART - A. SACCONI (edd.), *Atti e Memorie del Secondo Congresso Internazionale di Micenologia*, II, Roma, 1996, p. 613-625 (que tiende a historia y estado de la cuestión), y desde el reduccionismo R.S. MERRILEES, “Egypt and the Aegean”, en E. H. CLINE - D. HARRIS - CLINE (edd.), *The Aegean and the Orient in the Second Millenium*, Lieja-Austin, 1998, p. 149-154.

exclusión invitaría de primeras a interpretar el episodio en términos de piratería; ya veremos luego si hay o no mejor propuesta. Por el final, preciso es reconocer que una tradición que no parece nueva en Homero, aunque sea el de la *Odisea*, ha de remontarse cuando menos a la primera mitad del siglo VII, y aun esto resulta en exceso tardío. Hemos de dar por excluida la Edad Arcaica más estricta para el contexto histórico reflejado por el mito de Menelao en tierras egipcias²¹. Es decir, excluyo precisamente las dos posibilidades utilizadas hasta ahora en trabajos recentísimos. Me parece que este relato rememora, sin duda, momentos no sólo anteriores, sino bastante anteriores a los que hicieron posible la colaboración de los griegos con Psamético I, por nada decir de lo que cristalizó luego en la Náucratis del siglo VI. Excluidos, como parece prudente, los siglos XIII y VII, queda reducido el campo temporal a los que van del XII al VIII ambos incluidos. ¿Sería posible concretar más? Al menos, es lo deseable. Cinco centurias de margen son demasiadas para darnos por contentos.

Pero hemos de preguntarnos también qué fenómeno, no ya sólo qué época, refleja el episodio de Menelao en Egipto. ¿Comercio? ¿Contactos diplomáticos, es decir, trueques de objetos de prestigio? ¿Piratería? La primera tentación evidentemente, rechazado un trasfondo propiamente micénico, es apuntarse a la tesis de la piratería, pues no faltan en la *Odisea* menciones explícitas de Egipto como tierra que sufre la acción de piratas griegos. El relato mendaz que Odiseo hace a su porquerizo Eumeo se refiere a unas pretendidas actividades del caudillo y sus compañeros en el país del Nilo, que se antojan claramente piráticas (XIV, 246 ss), reprimidas decididamente por los indígenas mediante la fuerza de las armas, aunque el itacense se exculpa de ellas y dice luego que consiguió muchas riquezas entre los egipcios por generosidad de éstos (*Od* XIV, 285-286). Este pasaje corresponde, según la mayor parte de los críticos, al autor A²². Y podría ser de A también otra alusión falsa de Odiseo, en este caso en el relato engañoso a los pretendientes de Penélope, a su propia implicación en actos piráticos en Egipto (*Od* XVII, 424 ss). En la ficticia historia que Odiseo cuenta a los pretendientes se entrecruzan los versos de B, predominantes, con los de A, minoritarios, y es verdad que lo fundamental del episodio de las humillaciones de Odiseo pertenece a B, pero el paralelismo con el anterior paso induce a pensar que esta nueva alusión a piratería en tierras egipcias tenga asimismo su origen en el primer autor.

Son ciertas las relaciones egeo-egipcias de la plena Edad del Bronce: hay pruebas por los dos lados para los tiempos minoicos palaciales y el Egipto del final del periodo hicsu y XVIII dinastía (recordemos desde la documentación *keftiu* de las tumbas de Tebas hasta los frescos minoizantes de Tell el-Dab'a, en el Delta, de reciente descubrimiento) y también para los micénicos y el Egipto de la misma dinastía (en Tutmosis III estaría el

²¹ GÓMEZ ESPELOSÍN, *El descubrimiento del mundo*, p. 80-81, en referencia al relato homérico de Menelao que nos interesa, dice: "El caso de Egipto es significativo. Es la tierra que centra su atención principal en el momento del relato de sus andanzas y es también aquella en la que dice haber permanecido un mayor tiempo. En su historia se apuntan algunos datos que permiten entrever ya un cierto conocimiento de aquel país, que seguramente era el destino de algunas de las primeras exploraciones griegas a comienzos de la época arcaica, más con objetivos a corto plazo como el comercio o la rapiña que con vistas a un establecimiento de carácter permanente". Tal vez el autor aluda a un arcaísmo de cronología más remontada que la que usualmente concedemos al periodo, es decir, plena edad oscura. En caso contrario, estaría en desacuerdo con el profesor alcaláino.

²² Ello apuntaría a una cronología remontada. Sin embargo, A. JACKSON, "War and raids in the world of Odysseus", en J. RICH - G. SHIPLEY (edd.), *War and Society in the Greek World*, Londres-Nueva York, 1993, p. 66, expresa dudas sobre el momento de realidad histórica que puede subyacer al relato de Odiseo, pues tanto cabe que responda al contexto de los Pueblos del Mar, como a plena edad oscura, como, por último, al siglo VIII.

corte minoico-micénico en Egipto) y la XIX (los del Gran Verde, con pruebas arqueológicas también –objetos, escenas nilóticas en el Egeo– y textuales –¡el material amarniense!–, sistematizadas o interpretadas últimamente por Eric Cline, Robert Laffineur, los Niemeier²³ y el siempre reduccionista Robert Merrilees, entre otros; y ahí está también la evidencia que aporta el barco hundido frente a Ulu Burun en fecha que ahora se fija para no antes de 1305, excavado por George Bass y su equipo²⁴. Incluso los testimonios más pobres –los textos en Lineal B– y las contribuciones más reduccionistas aportan indicios significativos de tales contactos²⁵. Pero no creo que nuestra leyenda pueda remontarse tanto. Quizá sería posible decir que los detalles del episodio odiseico de Menelao en Egipto no hacen pensar en relaciones comerciales y diplomáticas –el intercambio de bienes de prestigio– entre poderes constituidos, que en los siglos XIV y XIII existieron entre griegos y egipcios, aunque recientemente Cline apunta hacia otros derroteros²⁶, y ni siquiera en actividades normales de mercaderes libres; pero lo importante es que la guerra de Troya se acerca en el tiempo al fin de la normalidad en el Mediterráneo oriental, y las leyendas que son recuerdo, ni siquiera de la guerra en sí, sino de sus secuelas, han de haber surgido ya tras 1200, tal vez bastante después, y su ambientación corresponderá a un contexto histórico y cultural no demasiado temprano; pero para entonces los contactos normales de tiempos micénicos estaban ya interrumpidos. Eran los momentos de los Pueblos del Mar.

El viaje que se plantea en la leyenda es muy posible, dados las corrientes y los vientos: desde Eubea a Egipto, camino directo por Creta; la vuelta se debía hacer costeando por Palestina, Siria, Chipre y sur de Anatolia, y en la leyenda se nos cita Fenicia y Chipre²⁷. Ese sentido de E-W (Chipre-Grecia) llevaban los barcos naufragados de Cabo Gelidonya y Ulu Burun, datables respectivamente en los siglos XIII y XIV a. C., en ambos casos muy a finales, y extraordinarios testimonios, sobre todo el segundo y más antiguo, del comercio marítimo en el Mediterráneo oriental avanzada la segunda mitad del segundo milenio²⁸.

Los golpes de mano rapiñadores de los compañeros de Menelao no son fundamentales en el relato, sino marginales, y el príncipe espartano los corta²⁹ y los hace olvidar, estableciendo relaciones amistosas. Las armas de Menelao son fundamentalmente la prudencia, el tacto y la cortesía, y le resultan por lo demás eficaces³⁰. Hay piratería, pero no es este ambiente el que da base al relato. El verbo *ageíro*, que se utiliza para la adquisición de riquezas por el lacedemonio, no tiene en sí mismo la connotación de rapiña o adquisición de botín por la fuerza³¹. Las acciones piráticas parecen responder a reacciones de necesidad en éste y otros episodios de la *Odisea*³². Los trípodes de que habla

²³ W. y B. NIEMEIER, “Minoan frescoes in the Eastern Mediterranean”, en CLINE - HARRIS CLINE (edd.), *The Aegean and the Orient*, p. 69-97.

²⁴ G.F. BASS, “Sailing between the Aegean and the Orient in the second millenium BC”, en CLINE - HARRIS CLINE (edd.), *The Aegean and the Orient*, p. 184.

²⁵ Véase el reciente –desmitificador, crítico, sugerente y discutible– J.-P. OLIVIER, “El comercio micénico desde la documentación epigráfica”, *Minos*, 31-32, 1996-1997, p. 284-285.

²⁶ CLINE, “*My brother, my son*”, p. 148.

²⁷ Cfr. concreciones de SEVILLA CUEVA, “Las relaciones egeo-egipcias”, p. 33-34.

²⁸ BASS, “Shailing between the Aegean and the Orient”, p. 183-189, con la bibliografía fundamental anterior.

²⁹ Es síntoma de modernidad la implícita censura moral de tales actos. Originariamente no existían dificultades ético-religiosas para estos golpes de mano destinados a la obtención de botín; cfr. JACKSON, “War and raids”, p. 68-69, para el episodio de *Od* XIV, arriba aludido.

³⁰ Cfr. I.M. HOHENDAHL - ZOETELIEF, *Manners in the Homeric Epic*, Leiden, 1980, p. 154 ss, pertenecientes al capítulo intitolado “The manners of Menelaos”.

³¹ “Haciendo botín”, traduce sin embargo Juan Manuel Pabón.

³² Encaja esta idea con la observación genérica de P. PUCCI, *Odysseus polutropos. Intertextual Reading in*

el texto homérico no han de recordar necesariamente a los de la Edad del Bronce, sino que pueden hacerlo a los calderos de tipo oriental de los siglos IX-VIII, que parecen constituir objetos muy propios del comercio de lujo, intercambio de bienes de prestigio o diplomacia del regalo³³. Las alusiones a la ciencia médica y adivinatoria en Egipto responden a un tópico intemporal³⁴. En concreto, el pasaje referido al empleo de drogas aprendido por Helena en el país del Nilo de Polidamna –obsérvese que el nombre, una vez más, no es egipcio³⁵– no desentona de lo que es la farmacopea propiamente homérica³⁶.

Pienso, concluyendo, que la leyenda de Menelao en Egipto tiene en la *Odisea* su más antigua manifestación –las otras versiones serían manejos y acomodos posteriores– y que, tal como el poema homérico la recoge, responde a momentos de relativamente fáciles contactos entre griegos y egipcios en el propio país del Nilo. Pero no son éstos ya los tiempos del pleno micenismo, sino otros posteriores. Las alusiones piráticas del autor A, más antiguas, pueden derivar de las circunstancias convulsas, ya mencionadas, que genéricamente denominamos movimientos de los Pueblos del Mar y de ese postmicenismo, por decirlo con palabras ajenas, pero muy ajustadas, de “sistema gentilicio y patriarcal en el que [...] apenas se desarrolla el comercio como actividad autónoma, sino que aparece estrechamente ligado a expediciones terrestres o marítimas cuya finalidad primordial era el pillaje y saqueo de poblaciones”³⁷. La estancia de Menelao en Egipto, correspondiente a B, exige cronología posterior en mayor o menor medida, aunque también netamente prearcaica, y sugiero que refleja las actividades mercantiles surgentes, como las de los euboicos, documentadas para Lefkandi en el Protogeométrico (recordemos, entre otros objetos –hay más–, el anillo egipcio en porcelana de Toumba, aparecido a comienzos de los ochenta en niveles arqueológicos del siglo X³⁸), sean las de los tiempos de neta recuperación, pongamos ya siglo IX y a lo sumo primera parte del VIII³⁹. ¿Y no lo avalaría la alta probabilidad, que algunos autores pretenden, de un estadio euboico del épos homérico? ¿Pero no lo dificultaría esa tendencia de hoy día a destacar la intermediación fenicia para las relaciones mercantiles en el periodo oscuro⁴⁰? Resulta relativamente fácil evitar una retrotracción hasta el micenismo de todo lo homérico. El peligro está actualmente en el otro extremo. Y hemos de evitar que esa moda, ahora

the ‘*Odyssey*’ and the ‘*Iliad*’, Ithaca-Londres, 1987, p. 182: “The Odyssean *man* lives under the empire of necessity”.

³³ Véase el estudio de O.W. MUSCARELLA, “Greek and oriental cauldron attachment: a review”, en G. KOPCKE - I. TOKURARU (edd.), *Greece between East and West: 10th-8th Centuries BC*, Maguncia, 1992, p. 16-45. También I. STROM, en l.c., p. 46 ss.

³⁴ Y todavía hay quien, descargando el *tópos* aún más de significación histórica, interpreta la cuestión dentro del mero marco de la simbología, asimilando la droga de Helena a la poesía, como W.G. THALMAN, *Conventions of Form and Thought in Early Greek Poetry*, Baltimore, 1984, p. 166.

³⁵ Es antropónimo parlante griego. Véase Van KAMPTZ, *Homerische Personennamen*, p. 121 y 217. El de Ton, su cónyuge, afecta sin embargo tinte egipcio en pretensión de verosimilitud; cfr. Van KAMPTZ, l.c., p. 135 y 315.

³⁶ Sobre la farmacopea en Homero, L. GIL, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid, 1969, p. 120, y G.E.R. LLOYD, *Magic, Reason and Experience. Studies in the Origins and Development of Greek Science*, Cambridge, 1979, p. 44. Hay vestigios de antiguos conocimientos médicos y relacionados llegados al Egeo desde Egipto; véase MERRILLEES, “Egypt and the Aegean”, p. 152.

³⁷ F.J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*, Santiago de Compostela, 1975, I, p. 41. Lo dicho no implica absoluta indistinción entre guerra y piratería en los tiempos homéricos. JACKSON, “War and raids”, p. 71 ss, establece ajustadamente suficientes elementos de diferenciación.

³⁸ M. POPHAM - E. TOULOPA - L.H. SACKETT, “The hero of Lefkandi”, *Antiquity*, 56, 1982, p. 171.

³⁹ Ya no se puede afirmar que Egipto estuviera absolutamente cerrado a los griegos entre finales del siglo XIII y avanzado el VII, como vemos en R. DION, *Aspects politiques de la géographie antique*, París, 1977, p. 6 y n. 17.

⁴⁰ Ahora mismo Günter Kopcke, David Ridgway, Glenn Markoe y otros.